

BRAVE STORY

UN NUEVO VIAJERO

Miyuki Miyabe

**Traducción:
Eva González Rosales**

**QUATERNI**

BRAVE STORY

Copyright © 2003, Miyuki Miyabe

All rights reserved

Copyright © 2013 Quaterni de la edición en lengua española para todo el mundo por acuerdo con Miyuki Miyabe c/o The Wylie Agency

Traducción: Eva González Rosales

© Quaterni es un sello y marca comercial registrado

BRAVE STORY. Un nuevo viajero. Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de este libro incluida la cubierta puede ser reproducida, su contenido está protegido por la Ley vigente que establece penas de prisión y/o multas a quienes intencionadamente reprodujeren o plagiaren, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución en cualquier tipo de soporte existente o de próxima invención, sin autorización previa y por escrito de los titulares de los derechos del copyright. La infracción de los derechos citados puede constituir delito contra la propiedad intelectual. (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra a través de la web: www.conlicencia.com; o por teléfono a: 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

ISBN: 978-84-940301-9-2

EAN: 9788494030192

BIC: FM

QUATERNI

Calle Mar Mediterráneo, 2 – N-6

28830 SAN FERNANDO DE HENARES, Madrid

Teléfono: +34 91 677 57 22

Fax: +34 91 677 57 22

Correo electrónico: info@quaterni.es

Internet: www.quaterni.es

Editor: José L. Ramírez C.

Diseño de colección: Quaterni

Diseño de cubierta: Manuel Dombidau Rodríguez

Imágenes: Shutterstock

Maquetación y preimpresión: GrupoRC

Impresión:

Depósito Legal: M-

Impreso en España

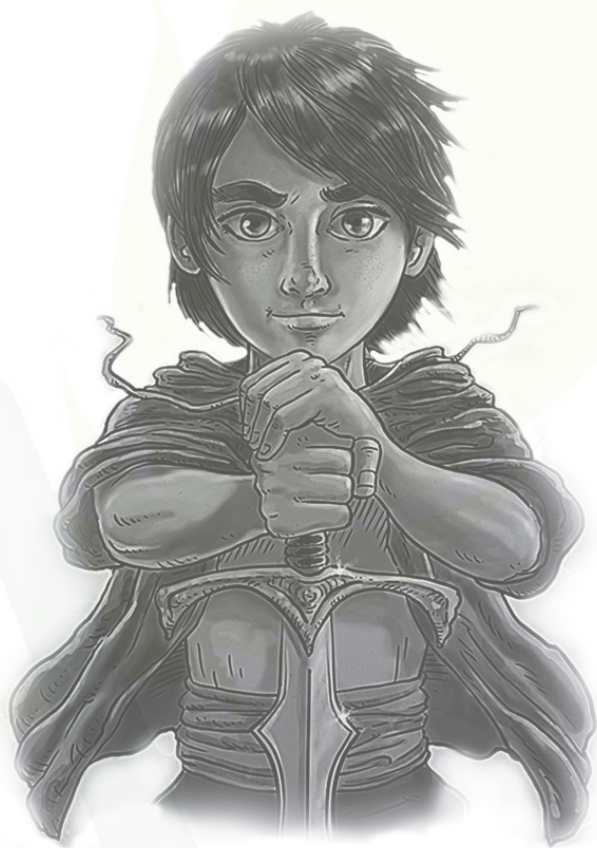
16 15 14 13 (03)

El papel utilizado en esta impresión es ecológico y libre de cloro

HAS SIDO ELEGIDO. CAMINA POR EL SENDERO DE LA VERDAD.



PRIMERA PARTE



Capítulo 1

EL EDIFICIO ENCANTADO

Al principio, nadie lo creyó. Ni por un momento. Surgió justo después del inicio del nuevo curso escolar, pero nadie sabía quién lo había empezado. Los rumores son así.

Todo el mundo conocía hasta el último detalle de la historia. La gente podía decirte de boca de quién la había escuchado, y cuándo, pero aunque rastrearas la cadena de dimes y diretes un centenar de personas atrás, no podías encontrar la fuente original.

—Oye, ¿conoces ese edificio grande que está junto al santuario Mihashi, en Kobune? ¡Dicen que está encantado!

Así fue como Katchan, el hijo de los dueños del bar Komura, se lo contó a Wataru Mitani. El verdadero nombre de Katchan era Katsumi, un nombre de chica. Lo que pasó fue que sus padres, que esperaban una niña, decidieron su nombre con mucha antelación. El tocólogo le dijo a su madre que el ultrasonido mostraba que su bebé era “categóricamente, sin ninguna sombra de duda, una niña”. Pero el nueve de abril, once años antes, dio a luz a un niño sano una semana antes de salir de cuentas. Tenía un llanto tan característico que pronto todo el mundo, incluso la gente de la sala de enfermería al otro lado del pasillo, llegó a reconocerlo al instante. Era un llanto curioso. Sonaba ronco y áspero.

—Mi viejo dice que seguramente estuve fumando en la barriga de mi madre.

A Wataru no le resultaba difícil imaginárselo. Recordó, con una carcajada, el día en el que se conocieron. Aquella mañana de diciembre caminaron juntos hasta la escuela de primaria N° 1 de Joto, ambos con los gorritos amarillos del uniforme escolar. Tan pronto

como entraron en la clase, Katsumi corrió hasta el chisporroteante calefactor de queroseno y se quedó allí, tiritando, incluso después de que el profesor entrara en la habitación. Cuando este le pidió que se sentara, Katsumi contestó con tanta naturalidad como era posible.

—Oh, no te preocupes por mí. Continúa, *venga, vamos*.

Wataru consiguió aguantarse la risa hasta que llegó a casa, y cuando se lo contó sus padres estos creyeron que estaba inventándose la historia. Lo que sucedió se había convertido en una leyenda, e incluso ahora que estaban todos en quinto curso, el profesor solía decir cosas como, «¿Estás haciendo los deberes, Komura? ¡*Venga, vamos!*!».

En un tono susurrado y nervioso, y con la voz tan ronca como siempre, Katsumi le contó a Wataru el rumor sobre el edificio encantado. Su voz se quebró cuando pronunció la palabra «fantasma».

—Siempre te han gustado las historias de fantasmas, Katchan.

—No es cosa mía, ¡todo el mundo está hablando de ello! ¡Un tío que estaba paseando por allí la otra noche también lo vio! ¡Y cuando intentó huir, lo persiguió!

—Vale, ¿qué tipo de fantasma es?

—Dicen que es un anciano.

Oh, qué raro.

—¿Cómo iba vestido?

Katchan se rascó la nariz y bajó el tono de su áspera voz.

—Llevaba una capa. Una capa negra que lo cubría todo, así —dijo, girando las manos como para poner una caperuza sobre su cabeza.

—Entonces, ¿cómo pudieron verle la cara? ¿Cómo saben que es un viejo?

Katsumi hizo una mueca. Wataru se encontraba a veces con Katsumi y su tío en el mercado o en la estación, y su tío siempre lo saludaba con un alegre “¿Cómo estás?” arrugando la cara exactamente del mismo modo.

—No lo sé, eso se sabe. Así es como son los fantasmas. —Katchan sonrió de oreja a oreja—. ¿Por qué te lo tomas todo tan en serio? Te lo juro, tu padre debió ponerte un cepo de acero en la cabeza por error cuando eras pequeño.

El padre de Wataru, Akira Mitani, trabajaba en una empresa siderúrgica, pero eso no significaba que estuviera todo el día en una fábrica forjando barras de acero, ni nada por el estilo. La empresa llevaba a cabo todo tipo de operaciones relacionadas con ese material (desde forjas a construcción de astilleros), y se había expandido continuamente a medida que había disminuido la demanda de su producto esencial. Akira, de treinta y ocho años de edad, solo había pasado un par de semanas en la siderurgia de la empresa, justo después de haber sido contratado. Desde entonces había trabajado en Investigación y Desarrollo y en el departamento de Relaciones Públicas, y ahora estaba destinado en una empresa filial especializada en el desarrollo de complejos vacacionales. Aun así, Katchan llevaba llamándolo “el herrero” desde el jardín de infancia, y no parecía cansarse de la broma.

Pero Wataru era testarudo. Nunca aceptaba nada si no estaba apoyado en un razonamiento lógico evidente. Era un rasgo que había heredado de su padre.

Su abuela paterna se lo había señalado por primera vez hacía unos tres años. La familia había ido a su casa de Chiba para pasar las vacaciones de verano y, aunque Wataru estaba aun tiritando después de haber pasado el día nadando, había pedido a su abuela un granizado.

—¿Un granizado? ¿Recién salido del mar? —le había dicho su abuela—. Te vas a morir de frío. —El chico había protestado, y su abuela se había reído y negado con la cabeza—. Eres igual que tu padre: siempre estás dispuesto a discutir. ¡Pobre Kuniko!

Su madre, Kuniko Mitani (aunque su abuela siempre la llamaba “esa Kuniko”), simuló que no estaba escuchando.

—En diez años de matrimonio, esta es la segunda vez que he escuchado a tu abuela decir algo agradable sobre mí —le dijo su madre más tarde. Le preguntó por qué habían estado discutiendo, y Wataru se lo explicó.

—Me dijo que no podía comerme un granizado después de haber estado nadando en el mar, así que le pregunté qué sentido tenía entonces que lo vendiera en su tienda.

Su madre se había reído de buena gana. Los abuelos de Wataru tenían un puesto de comida y bebida en la playa de Ohama, en la

península de Chiba. Había una pequeña caseta pública junto al tenderete, con duchas y vestuarios para que la gente se cambiara. Durante los atareados meses de verano, su abuela se quedaba en la parte de atrás, haciendo granizado en un enorme cubo de metal.

—Es una buena apreciación —le había dicho su madre, dándole una palmadita cariñosa en la cabeza—, pero tu abuela tiene razón: te gusta discutir tanto como a tu padre.

Cuando su padre oyó la historia algunos días después, frunció el ceño.

—No compares a un niño lloriqueando por un dulce con el argumento de una mente rigurosa y lógica —había dicho, tan sensato como siempre.

En cualquier caso, Wataru no era el tipo de chico dispuesto a creer en historias de fantasmas, y menos en una tan inconsistente como aquella.

El edificio en cuestión, el que estaba junto al santuario Mihashi, estaba aun en obras. Se alzaba en un extraño estado a medio terminar casi exactamente a mitad de camino entre la casa de Wataru y el colegio, así que pasaba junto a él cada día en su camino de ida y vuelta a clase. Conocía bien su historia, a pesar de que los rumores seguían tergiversándola.

El edificio llevaba en construcción una eternidad. Las obras habían comenzado durante las vacaciones de primavera hacía más de dos años, cuando Wataru estaba aun en segundo curso. Habían levantado una estructura de acero de ocho plantas y todo parecía avanzar adecuadamente hasta que, un día, el trabajo se detuvo y todo el edificio fue cubierto por lonas de plástico azul. Un poco después de que la maquinaria pesada dejara de llegar, alguien quitó las viejas lonas azules y puso otras nuevas en su lugar. Entonces fue cuando Wataru se dio cuenta de que se había instalado allí una nueva empresa de construcción.

Según su madre, las lonas habían sido reemplazadas una vez más y el nombre de la constructora también había cambiado. Después de aquello no se había producido ningún cambio en el lugar, y por eso el edificio de las lonas azules se alzaba allí, mirando fríamente a las casas a su alrededor. El cartel que había

delante del inmueble con las fechas de finalización de la obra, había desaparecido.

—El promotor y la constructora deben haber tenido alguna disputa, por eso se ha detenido la edificación. Hoy en día ocurre continuamente —le dijo su padre, poniendo los ojos en blanco. Wataru se olvidó de ello pronto, pero su madre, cuya curiosidad habían despertado, comenzó a hacer preguntas por ahí.

La familia Mitani vivía en un amplio edificio de apartamentos con casi trescientas viviendas. Habían comprado la suya justo después de que Wataru naciera, y se habían mudado inmediatamente.

Algunos niños del edificio cogían el mismo autobús que Wataru para ir al jardín de infancia, así que se habían hecho amigos. Kuniko también había trabado amistad con algunas madres del edificio. Una de ellas estaba casada con el director de una agencia inmobiliaria local, así que estaba bien informada sobre todas las propiedades locales. Un día, su conversación se desvió al tema de aquella “terrible monstruosidad” junto al venerado santuario Mihashi.

—¿Te acuerdas de lo grandes que eran antes los campos del templo? Bueno, supongo que era difícil mantener todo eso, así que vendieron parte del terreno cuando comenzaron a restaurar una de las viejas ermitas. Ahí es donde está ese edificio.

La empresa que había comprado el terreno y había comenzado la construcción del edificio era una agencia de alquiler llamada Daimatsu Inmobiliaria, con sede en el centro de Tokio. Administraba algunas propiedades en el área metropolitana y, aunque hacer negocios con un santuario dejaba bien clara la importancia de la empresa, esta no era especialmente grande. De hecho, por lo que parecía, toda la operación la había llevado a cabo un solo hombre: Saburo Daimatsu.

La familia de Wataru vivía en la zona este de Tokio, o el “Viejo Tokio”, como lo llamaban los de allí. En el pasado había sido poco más que una hilera de fábricas, pero las buenas comunicaciones con el centro de la ciudad (solo treinta minutos de trayecto, más o menos) la habían hecho atractiva para los residentes. En los últimos diez años, los edificios de apartamentos habían brotado como

setas tras la lluvia. Con la llegada de los apartamentos y de la gente que vivía en ellos, el aspecto del barrio había cambiado. Para los residentes de toda la vida, como la esposa del agente inmobiliario, aquel pequeño distrito era como una chica pobre que se había casado de repente con un tipo rico.

—Oh, es el mismo viejo barrio —decía—, pero ahora está engalanado para un cóctel.

El padre de Wataru había nacido en la campiña de Chiba y su madre provenía de Odawara, un pueblo costero en el oeste. Como ambos habían llegado recientemente, no comprendían totalmente cómo se sentían los locales, pero apreciaban la vitalidad del distrito. Era un buen lugar donde vivir, y en continua mejora. Un vistazo rápido a los anuncios inmobiliarios confirmaba que el valor de la propiedad estaba elevándose. Los precios de los nuevos edificios de apartamentos eran comparables a los de otras partes de la ciudad más asentadas. A la gente de Daimatsu Inmobiliaria debió parecerle una gran idea construir en el terreno junto al santuario Mihashi. Según se decía, el señor Daimatsu había pagado una gran cantidad por aquel solar.

—Por supuesto, al estar junto al santuario no pueden alquilar el edificio a cualquiera. La zona está destinada al uso industrial, pero está justo al lado de un sector residencial —les contó Kuniko durante la cena, repitiendo lo que había escuchado de boca de la esposa del agente inmobiliario—. Evaluaron un montón de inquilinos potenciales: una cafetería, un salón de belleza, una academia... Iban a convertir las plantas superiores en apartamentos de alquiler. Hasta que...

Días después de levantar la estructura de acero del edificio, la primera constructora quebró. Rápidamente, Daimatsu Inmobiliaria comenzó a buscar otra constructora que continuara donde la primera lo había dejado pero, como continuar con ese tipo de trabajo era mucho más difícil y costoso que comenzar desde cero, a la empresa le fue difícil llegar a un acuerdo. Por fin, después de un retraso de dos meses, encontraron a la nueva constructora que iba a continuar con la edificación. Entonces fue cuando las lonas azules cambiaron por primera vez.

—Así que llegaron obreros nuevos, comenzaron a trabajar, y entonces...

Por increíble que parezca, apenas un par de meses después, la nueva constructora también quebró.

—Como podéis imaginar, el señor Daimatsu estaba en un aprieto, y salió corriendo a buscar otra constructora. Al final encontró una pequeña empresa interesada en la propiedad. De hecho, como Daimatsu Inmobiliaria, esta nueva constructora estaba dirigida por un solo hombre.

Y fue el último trabajo que aceptó. Tres días después de la firma del contrato, el tercer constructor murió de un derrame cerebral.

Kuniko negó con la cabeza.

—No podía llevarse a cabo una operación tan importante sin el capataz, y no había nadie que pudiera ocupar su lugar. Tenía un hijo, pero estaba aun en la universidad. Al final se anuló el contrato, y por eso el edificio sigue así, sin terminar.

Al pasar junto al edificio en su camino hacia el colegio cada día, incluso Wataru se daba cuenta del modo en el que se estaba deteriorando. El cemento se había secado y había comenzado a descascarillarse en las esquinas. Los puntales de acero, expuestos, estaban manchados de gris por la lluvia. Algunos transeúntes desconsiderados habían tirado basura en la base de la lona y los perros y gatos callejeros se habían acostumbrado a usar los alrededores del edificio como arenero.

Un día, a principios de primavera, un fuerte viento arrancó una de las lonas, exponiendo una viga de apoyo, una escalera de acero y el rellano de la segunda planta. Esta era la única parte del interior del edificio visible desde el exterior. Si el fantasma había sido visto en alguna parte, debía ser allí.

Wataru tenía curiosidad por saber quién se suponía que era el fantasma. Si era un anciano, teniendo en cuenta lo que sabía de la historia de la construcción del sitio, posiblemente fuera el fantasma del tercer constructor que había muerto de un derrame justo después de aceptar el proyecto. Pero, ¿por qué llevaría una capa con bozo? Wataru no podía imaginarse al director de una constructora caminando por ahí vestido de ese modo. Incluso si resultara que

aquel hombre había elegido un abrigo con caperuza para vagar por los pasillos vacíos del edificio porque era su abrigo favorito, eso no explicaba por qué habría elegido aquel lugar. ¿Estaba preocupado por el progreso de la construcción? ¿Se arrepentía de haber muerto antes de cumplir su obligación contractual? Parecía un poco sosa para ser la historia de un fantasma. Y, si estaba en el negocio de la construcción, seguramente sería consciente de que los rumores de un encantamiento alejarían a otras potenciales constructoras, empeorando incluso más las cosas para el señor Daimatsu, el mismo cliente al que había prometido ayudar.

Wataru estuvo todo el recreo pensando en ello y, cuando volvió a clase y descubrió que todo el mundo estaba aun hablando sobre el fantasma, les dio su opinión. Entonces fue cuando una de sus compañeras afirmó que sabía exactamente qué tipo de fantasma era.

—Es un espíritu atrapado —explicó con la mayor seriedad—. Es lo que ocurre cuando alguien muere en un accidente de coche, o algo así. Quedan unidos al lugar donde murieron, y se aparecen allí.

Por supuesto, eso tampoco tenía ningún sentido. El edificio estaba en los antiguos terrenos del templo. No podía haber habido un accidente de coche allí. Wataru se lo dijo a la chica.

—Entonces, es posible que alguien se colara y se suicidara dentro —replicó—. Y allí vaga su espíritu, tan perdido en la muerte como lo estaba en la vida.

El resto de chicas a su alrededor expresaron su aprobación con *ooohs* y *aaahs*.

—¿Sabes? —dijo una de sus amigas— Siempre que paso junto a ese santuario noto un extraño cosquilleo por la espalda. Una vez empezaron a temblarme las rodillas... Como si tuviera frío, ¿entiendes? A pesar de que hacía calor.

—¡Sí! A mí también me ha pasado —replicó otra.

—Bueno, ¿habéis pensado en comprobar si realmente se ha suicidado alguien en los terrenos del santuario? —preguntó Wataru— ¿Le habéis preguntado al sacerdote, o algo así?

Se pusieron coloradas.

—¡No seas estúpido!

—¡No se puede *preguntar* una cosa así!

—Yo ni siquiera quiero acercarme a ese sitio.

Wataru continuó, obstinadamente.

—Pero entonces nunca descubriréis lo que pasó, ¿no?

La primera chica hizo un mohín.

—Mira, ese sitio está encantado, ¿vale? Y eso significa que allí hay un espíritu atrapado. ¿No te basta con eso? ¿Sabes una cosa? ¡Es por esto por lo que todos dicen que eres tan patético, Mitani! ¿Por qué siempre tienes que discutirlo todo?

—¡Si sigues riéndote de los fantasmas acabará maldiciéndote uno de ellos! ¡Y te lo merecerías, cretino!

Satisfechas, las chicas volvieron a sus pupitres entre risas. Wataru se sentó, en silencio. Estaba consternado. Él tenía razón, sabía que la tenía. Lo que los demás estaban diciendo no tenía sentido. Pero, ¿cómo iba a convencerlas si su mente se quedaba en blanco cada vez que le llamaban algo como “patético” y “cretino”? Esas palabras lo golpeaban como cuchillos afilados.

En el camino de vuelta a casa, Katchan no dejó de hablar sobre el partido de la noche anterior, en el que el equipo de fútbol japonés había hecho sudar tinta al equipo iraní. Wataru no tenía ganas de hablar. Lo que había pasado en el recreo estaba aun fresco en su mente. Sin darse cuenta del estado de ánimo de su amigo, Katchan se deshacía en elogios hacia sus jugadores favoritos mientras describía el partido con pelos y señales, agitando el puño en el aire para remarcar cada patada, pase, y gol. Aunque Wataru no hubiera visto el encuentro, la reconstrucción de Katchan era siempre lo suficientemente vívida para hacer que se sintiera como si hubiera estado allí, en el campo, observando cada segundo de la acción.

Ya estaban cerca del edificio encantado. Normalmente, Katchan se despediría de él en la esquina, pero aquel día estaba tan absorto en su crónica del partido que parecía haber olvidado totalmente que tenía que volver a casa.

—Oye, Katchan.

Katchan se detuvo, con una pierna levantada a mitad de una imitación de un disparo crítico en el minuto treinta y dos de la primera mitad. Miró sobre su hombro a Wataru.

—¿Has dicho algo?

—Estamos aquí...

Wataru se detuvo y miró el edificio: una enorme caja de acero, vacía y lamentablemente vestida con sus chapuceras lonas azules. Era una tarde despejada de mayo y el azul del cielo era tan puro que hacía que las sucias lonas de plástico parecieran incluso más deprimentes. El edificio estaba abandonado, vacío.

—¿Por qué tienes esa cara tan seria?

Katchan bajó el pie y se detuvo, mirando a su amigo.

—Quiero descubrirlo. Quiero saber si de verdad hay un fantasma aquí. Y, si aparece uno, quiero saber quién es.

Katchan parpadeó.

—¿Cómo?

—Me colaré esta noche —contestó Wataru, comenzando a hablar más rápido—. Tienes una linterna grande en tu casa, ¿verdad? Préstamela.

Katchan se quedó en silencio un momento, y después recuperó el sentido y corrió para alcanzar a su amigo.

—¡Oye! Claro, no hay problema, pero va a ser difícil sacarla de casa. Papá dice que es para las emergencias, y se pone como una fiera cuando la usamos para jugar.

El padre de Katchan había nacido en Kobe, en el sur de Japón. Llevaba viviendo en Tokio varios años, desde antes de que Katchan naciera, pero aun así el terremoto de Kobe de 1995 le había afectado mucho. Según decía Katchan, el nivel de preparación ante un desastre en la casa Komura rivalizaba con el de las oficinas gubernamentales metropolitanas del centro de la ciudad.

—No voy a jugar, estoy hablando en serio. —Wataru comenzó a caminar más rápido, hablando sobre su hombro—. No te preocupes, me las apañaré.

—Espera —dijo Katchan, apresurándose para ponerse a su altura—. No hay problema, de verdad. La conseguiré. —Empezó a darse cuenta de que Wataru hablaba en serio—. ¿De todos modos, a qué viene este repentino interés? Creía que pasabas de fantasmas.

Eso es cierto; el fantasma no le importaba. Le había dolido que las chicas le llamaran “patético”. ¿Tan malo era defender su opinión? Sobre todo si llevaba razón. No estaba intentando ser pu-

ñetero; era solo que la historia de las chicas era ridícula. La mente de Wataru se llenó de preguntas. ¿Estaba mal haber dicho algo que era verdad, aunque nadie lo creyera? ¿O tenía que haberse rendido después de descubrir que nadie más pensaba como él? ¿Le odiarían y despreciarían todas las chicas de quinto curso por haber expresado su parecer?

Por supuesto, no podía decirle *eso* a Katchan. Wataru frunció el ceño.

—Oye, ¿a qué hora? —le gritó su amigo— ¡Ey, que te estoy hablando!

Wataru se detuvo y se dio la vuelta.

—¿A qué hora...?

Wataru balanceó la pierna derecha como para golpear un balón de fútbol imaginario flotando en el aire frente a él.

—¿A qué hora vas a salir? Voy contigo.

Wataru estaba tan contento que casi soltó una carcajada.

—A las doce.

—Medianoche, ¿eh? —se rió Katchan— Buena hora para los fantasmas. Mi padre trabaja por la noche, así que puedo estar aquí, no hay problema... Pero, ¿cómo vas a salir *tú*?

Ahora que Katchan lo había mencionado, Wataru se dio cuenta de que sería casi imposible escabullirse de su casa a esa hora de la noche. Oficialmente, Wataru vivía con su madre y su padre, pero durante la mayor parte del año su madre y él vivían solos. Akira llegaba tarde por sistema e, incluso en vacaciones, siempre encontraba algo que hacer fuera de casa. Como lo habían trasladado al departamento de desarrollo turístico de su empresa, hacía viajes de negocios a menudo. Con suerte lo veían dos semanas al mes.

Akira nunca había asistido al día de los padres, ni a la competición deportiva anual del colegio. Siempre prometía que iría, y siempre surgía algo inevitable en el último momento. No era el tipo de padre que mantenía sus promesas.

A Wataru no le importaba. ¿A quién le importaba el día de los padres, de todos modos? Él sabía que su padre estaba ocupado, y que los compromisos laborales eran importantes. En ese momento tenía otras cosas por las que preocuparse. Su padre, casi con toda

seguridad, llegaría a casa después de medianoche. Eso significaba que su madre también estaría levantada hasta tarde, esperando a que llegara a casa, tejiendo, leyendo una revista, o haciendo *zapping* con el mando de la tele. A veces, alquilaba una película y la veía. Sin importar lo tarde que llegara su padre, ella nunca se iba a la cama antes de prepararle un baño, hacerle la cena, y limpiar después de que terminara de comer. ¿Cómo iba a escapar de un ojo tan atento?

Mientras cenaba, Wataru rezó pidiendo un milagro. Ojalá su padre llegara a casa antes, para variar. Ojalá cenara y dijera que estaba cansado. Así sus padres se irían a la cama temprano y, cuando estuvieran dormidos, podría escabullirse sin hacer ruido. Escondería su oso de peluche bajo las sábanas, por si sus padres miraban en su habitación. A Wataru no le gustaban los animales de peluche, pero Akira le había regalado aquel oso después de ganarlo en una rifa de la empresa el año anterior. Se alegraría de poder darle alguna utilidad por fin.

Pero, por mucho que deseara un milagro, la realidad era la realidad. Cenó con su madre, como siempre. Más tarde, Kuniko le pidió que hiciera los deberes y revisó la redacción que el profesor le había devuelto señalando los errores ortográficos. Eso mantuvo a Wataru encadenado a su escritorio casi una hora. Después llegó el momento del baño. Cuando terminó de afeitarse, su madre le dijo que Katchan lo había llamado por teléfono.

—No parecía que fuera urgente, así que le dije que hablara contigo mañana en el colegio. Creo que ya te he dicho antes que los estudiantes de primaria no deberían estar llamándose por teléfono después de las nueve. —Su madre se puso las manos en las caderas—. Los padres de Katchan tienen un bar, así que deben verlo de un modo distinto, pero esta es mi casa.

Wataru siempre se enfadaba cuando su madre decía eso: era como si estuviera pellizcando la piel más fina de su cuerpo con las uñas. Kuniko no tenía por qué mostrarse tan insolente; Wataru ya sabía que Katchan no le caía bien, y que tampoco le gustaban sus

padres. La razón era que los Komura tenían un bar, que era algo que, según su madre, era como un imán para la “mala gente”.

Pero Katchan era amigo de Wataru. Su mejor amigo.

Quizá su padre era un poco desastre. Una vez había ido a una función escolar después de haber bebido demasiado, con la cara de un rojo brillante. Wataru había oído al profesor pidiéndole que se marchara. Y la madre de Katchan usaba a menudo tanto perfume que sabías cuándo había salido a comprar por el penetrante rastro que dejaba, aunque estuviera en la otra punta del supermercado. Katchan le había contado incluso que todos los de la tienda de cosméticos la conocían por su nombre. Aun así, no le caían mal. En los eventos deportivos animaban tanto a Katchan como a Wataru y, durante el día de los padres en la primavera del tercer curso, después de que Wataru resolviera un difícil problema en la competición de matemáticas, el padre de Katchan había gritado: “¡Bien hecho!”. Aunque todo el mundo se rió, eso hizo feliz a Wataru. Nunca antes le habían alabado así en público. Incluso ahora, años después, ese día permanecía en su memoria como un brillante trozo de cristal de colores en un mar de barro.

Cuando su madre hablaba con recelo de los Komura, él siempre deseaba decirle lo buenos que eran, lo agradables que habían sido con él, pero de algún modo las palabras se quedaban atrapadas en su garganta hasta que se disolvían sin dejar ningún rastro. No poder defenderlos lo hacía sentirse como si, de algún modo, estuviera traicionándolos. Aun así, no se atrevió a contradecir a su madre, quizá porque veía la lógica en lo que estaba diciendo. Wataru no sabía demasiado sobre la gente que iba a los bares pero, a juzgar por los comentarios de Katchan, no eran el mismo tipo de gente que, digamos, trabajaba en la empresa de su padre. Una vez le preguntó a Katchan si quería hacerse cargo del negocio familiar cuando creciera y él negó con la cabeza y murmuró que le gustaría dedicarse a la investigación en alguna universidad, o quizá convertirse en abogado. En resumidas cuentas, las relaciones entre las familias Mitani y Komura no eran demasiado buenas. Eso estaba dolorosamente claro.

Katchan había llamado, seguramente, para saber si Wataru iba a poder salir de su casa aquella noche. El único teléfono de su casa

estaba en la sala de estar, así que era imposible llamar a hurtadillas. De repente, Wataru se sintió culpable.

¿Y si yo también soy “mala gente”?

Se sentó ante el escritorio y apoyó la barbilla en las manos, con la mirada perdida en el horario lectivo que había colocado en la pared. La primera clase al día siguiente era Lengua. Seguramente tendrían que escribir otra redacción. Katchan era especialmente malo escribiendo, y siempre pedía ayuda a Wataru. Aunque claro, si Wataru lo dejaba plantado aquella noche, seguramente no lo molestaría al día siguiente. Estaría demasiado enfadado.

—Claro que no lo estará, tonto.

La voz era aguda y dulce: una voz de chica que venía desde algún lugar a su espalda.

Todos los músculos del cuerpo de Wataru se tensaron. Saltó de su silla y sus cuatro ruedas chirriaron estruendosamente. Se giró. No había nadie en su pequeña habitación. Miró su televisor, un catorce pulgadas que sus padres le habían comprado después de mucho insistir y rogar el verano anterior. Estaba apagado.

Miró a su alrededor una vez más, y después volvió a sentarse ante el escritorio. Debía haberse quedado dormido mientras miraba el horario de clases. Recordó que una vez había visto en la tele a un científico que decía que los sueños que tienes cuando te quedas dormido inesperadamente pueden parecer muy reales. A veces, tanto que es imposible diferenciarlos de la realidad.

Entonces la voz habló de nuevo.

—*Podrás* marcharte esta noche. Descansa mientras puedas.

Wataru examinó la habitación. Todo parecía estar en su lugar: la cama con su colcha a cuadros azules, su librería llena de libros de texto y cómics, y su consola de videojuegos junto al televisor. La alfombra estaba hundida en los puntos en los que se posaban las ruedas de su silla, y las zapatillas que había llevado estaban tiradas de cualquier modo en el suelo junto a su escritorio.

No había nadie más en la habitación. Wataru estaba solo.

—No vas a encontrarme por mucho que busques, ¿sabes? —La voz de la chica sonó en su cabeza—. Todavía no.

Su corazón se desbocó. Notaba su sangre bombeando. Se imaginó su corazón vibrando como Pac-Man, engullendo bolitas en su camino a través del laberinto.

—Quién... ¿Quién está ahí? —tartamudeó Wataru. Allí estaba, en su habitación de siempre, con su olor ligeramente polvoriento de siempre, hablando solo. Su voz sonó como un susurro. Aquello era ridículo. Era estúpido oír voces en su cabeza, e incluso más estúpido intentar hablar con ellas. Aun así, le parecía que, de algún modo, era menos humillante si hablaba muy bajito.

—Me pregunto quién podrá ser —dijo la voz, con malicia—. Eso no importa ahora, deberías irte a la cama. Si vas a salir a jugar esta noche, necesitarás descansar. ¡O mañana llegarás tarde a la escuela!

En ese instante, a Wataru se le ocurrieron varias posibilidades, y eligió la más infantil de todas: salió corriendo de la habitación.

—¿Wataru? ¿Pasa algo? —Kuniko lo miró mientras pelaba una manzana, sentada frente a la mesa de la cocina— ¿Quieres una rodaja? Toma, coge una, lávate los dientes, y vete a la cama.

Wataru, de repente, se sintió débil. Se apoyó contra la pared.

—Caray, tienes mala cara —dijo Kuniko. Soltó el cuchillo y después inclinó la cabeza y lo miró atentamente—. Eso me recuerda que esta mañana tenías tos, ¿no? ¿Has cogido un resfriado?

Wataru no respondió, así que su madre se levantó y se acercó a él. La piel de su mano, sobre su frente, estaba fría y suave.

—No parece que tengas fiebre... ¿has estado sudando? ¿Te sientes enfermo?

Wataru recuperó por fin la compostura, murmuró que estaba bien y dio las buenas noches a su madre. Aun flotando, volvió a su habitación, cerró la puerta y se apoyó contra ella. Escuchó cómo llamaban con los nudillos.

—¿Wataru? ¿Qué pasa? ¿Estás seguro de que estás bien? ¡Wataru!

—Es... Estoy bien, mamá. Me siento bien —dijo Wataru, recuperándose lentamente. Pensar en un modo de explicar a su madre lo que había ocurrido lo hacía sentirse incluso más perdido y confuso.

Al final, Kuniko dejó de llamar. El chico se alejó de la puerta y se tumbó sobre la cama. Tenía la respiración entrecortada, su pulso era frenético, y sus ojos giraban en su cabeza.

—Pobrecito —dijo la voz de chica—. Lo siento muchísimo. No pretendía asustarte.

Wataru se puso las manos en las orejas y cerró los ojos con fuerza. Obligó a su mente a vaciarse, para caer en la inconsciencia. Y, aunque no habría creído que fuera posible, se quedó dormido. Cuando despertó fue como si hubiera salido de la oscuridad de un salto. El reloj despertador junto a su cama decía que eran las doce menos diez. Wataru se incorporó, totalmente despejado. Se había quedado dormido con la ropa puesta y había sudado, y ahora le picaba el cuerpo y tenía frío.

Sin hacer ruido, abrió la puerta de su habitación y echó un vistazo a la cocina. La televisión estaba encendida, con algún programa de noticias nocturno que su madre solía ver a menudo. Pero aquella noche estaba dormida, con los brazos extendidos sobre la mesa de la cocina, roncando suavemente.

Katchan fue el primero en llegar al punto de encuentro, la entrada de un parque justo al sur del edificio encantado. Katchan siempre solía llegar temprano, una costumbre que seguramente había adquirido tras ayudar en el bar.

—Lo... lo siento, llego tar... tarde —dijo Wataru, jadeando para recuperar el aliento. Normalmente, una pequeña carrera no lo haría respirar tan fuerte, pero estaba aun nervioso por lo que había ocurrido aquella noche.

—Tu madre parecía bastante enfadada por teléfono. Me sorprende que hayas conseguido salir.

Katchan se subió a la valla metálica del parque con la agilidad de un mono.

—Lo siento.

—No pasa nada. Tu madre siempre es así conmigo.

Su amigo lo dijo como si realmente no le importara, pero a Wataru le entristeció un poco que hubiera notado los recelos de su madre con él.

—¿Se ha quedado dormida, o algo así? Oye, ¿no espera siempre levantada a que tu padre llegue a casa? ¿Cómo has conseguido salir?

Wataru se dio cuenta de nuevo de lo raro que había sido que su madre se quedara dormida. Miró atrás, en dirección a su apartamento.

—Ella... se ha quedado dormida.

—¿Está enferma?

Wataru negó con la cabeza en silencio. Varias preguntas subieron a su garganta, pero ninguna de ellas tenía el más mínimo sentido, así que se las tragó como una píldora amarga. *Katchan, ¿alguna vez has sentido que todo se volvía negro, y te has desmayado, pero no te has quedado dormido? ¿Alguna vez has oído a alguien hablándote, cuando no había nadie más? ¿Es algo raro? ¿Sería más raro si la que hablara fuera una chica? ¿Y alguna vez se han quedado dormidos tus padres en la mesa de la cocina? ¿Tan profundamente dormidos que podrías empujarlos y tirar de ellos sin que se dieran cuenta? ¿O gritar en su oreja sin que se despertaran?* Era casi como si un mago de uno de sus juegos de fantasía hubiera lanzado un hechizo de sueño sobre su madre. Tenía miedo.

—El caso es que lo has conseguido. ¡Vamos!

Katchan saltó de la valla. Con esas palabras, todas las preguntas de Wataru desaparecieron en un torbellino. Asintió y corrió.